

18. Luces y sombras de la Ilustración

Mónica Bolufer Peruga

DOSIER 1. La cultura de la conversación

DOCUMENTO 1

114



Fig. 18.1 Anicet Charles Gabriel Lemonnier, *Lectura de la tragedia «El huérfano de la China» de Voltaire en el salón de Madame Geoffrin*, 1812, óleo sobre lienzo, 129,5 × 196 cm. Château de Malmaison, Rueil-Malmaison.

Esta pintura, encargada por la emperatriz Josefina de Beauharnais, representa la lectura de una tragedia de Voltaire de 1753 en el salón de Madame de Geoffrin (1699-1777), esposa de un comerciante y financiero, cuyas reuniones a lo largo de más de dos décadas, desde 1750 hasta su muerte, se identifican con el periodo más brillante de esa forma de sociabilidad cultural. Es una reconstrucción retrospectiva e idealizada en la que figuran la anfitriona y muchos de los asiduos de esas reuniones, entre ellos filósofos y literatos como Diderot, d'Holbach, Montesquieu y Marmontel, junto a algunas mujeres.

DOCUMENTO 2

Al ser lo bastante rica como para hacer de su casa el lugar de encuentro de las letras y las artes y viendo que era para ella un medio de conseguir en su vejez una compañía divertida y una existencia honorable, Madame Geoffrin había instituido en su domicilio dos comidas, una [los lunes] para los artistas; otra [los miércoles] para la gente de letras [...]. Atenta siempre de manera cortés, sin parecer siquiera aburrida por lo que no entendía; y aún era más hábil para presidir, vigilar, contener con sus riendas a estas dos sociedades libres por naturaleza, marcar límites a esa libertad y reducirla a ellos con una palabra, con un gesto, como por medio de un hilo invisible, cuando pretendía escapar. «Vaya, eso sí es bueno» era por lo común la señal de prudencia que hacía a sus comensales (Marmontel, *Memorias* (1807), citadas por Roger Chartier: «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna* 19, 1998, pp. 69-93; cit. p. 71).

115

DOCUMENTO 3

Sigamos las indicaciones de la naturaleza, procuremos el bien de la sociedad, y encontraremos que los dos sexos deben reunirse a veces y vivir de ordinario separados. Entre nosotros [...] la mujer más estimada es la más ruidosa; aquella de quien más se habla, a la que más se ve en el mundo; en la casa de quien se come más frecuentemente; la que da el tono de forma más imperiosa: la que juzga, resuelve, decide, pronuncia, asigna sus grados y lugares a los talentos; y cuyos favores mendigan con la mayor bajeza los humildes sabios.

... cada mujer de París reúne en su domicilio a un serrallo de hombres más mujeres que ella misma, expertos en rendir todo tipo de homenajes a la belleza, excepto el del corazón, del que es digna.

Imaginad cuál puede ser el templo del alma de un hombre ocupado tan solo en la importante tarea de entretener a las mujeres y que pasa la vida en hacer por ellas lo que ellas deberían hacer por nosotros cuando nuestros espíritus, agotados por trabajos de los que ellas son incapaces, tienen necesidad de distensión (J. J. Rousseau: *Carta a d'Alembert sobre su artículo «Ginebra»* (1758), citada por Roger Chartier, op. cit., p. 78).

DOSIER 2. El sexo de la razón y la voluntad de saber

DOCUMENTO 4

116

Pues si con solas aquellas luces naturales tales cuales Dios se las dio se les admite en cualquier conversación, quisiera saber qué ley hay, en qué tiempo se promulgó o por quién para que las mujeres estén siempre reducidas a tratar de sus modas, cintas, flores, etc. ¿Por qué ha de ser su única conversación el cortejo, la murmuración, las reyertas de su casa, y el mostrar su erudición en punto de cocina, vanagloriarse de su gobierno doméstico, celebrar las gracias de sus hijos, y las más finas tratar del baile, juego, paseo, comedia, etc.? Hay en una sala seis u ocho señores y otras tantas señoras, y si se suscita alguna conversación racional habrá tal vez alguna que guste de ella, pero las más o empiezan a bostezar, o suscitan entre sí alguno de los asuntos caseros o frívolos que he apuntado, y no dejan de mirar con algún ceño a la que se arrimó a los señores, porque como están en posesión de ser ignorantes les hace sombra la que no lo es.

Los hombres en general las quieren ignorantes porque solo así mantienen la superioridad que se figuran tener (Inés Joyes, *Apología de las mujeres*, 1798).

DOCUMENTO 5

Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestión del entendimiento, en la cual yo confieso que, si no me vale la razón, no tengo mucho recurso a la autoridad; porque los Autores que tocan esta materia (salvo uno u otro muy raro) están tan a favor de la opinión del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

A la verdad, bien pudiera responderse a la autoridad de los más de esos libros con el apólogo que a otro propósito trae el Siciliano Carduccio en sus Diálogos sobre la Pintura. Yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja a su especie; hasta que llegando a una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos a un león. Vuelto entonces a su contrincante en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido, y rendir la vida un león debajo de los brazos de un hombre. Bello argumento me traes (respondió sonriéndose el león): esa estatua otro hombre la hizo, y así no es mucho que la formase como le estaba bien a su especie. Yo te prometo que, si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.

Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que los hizo (Benito Jerónimo Feijoo, «Defensa de las mujeres», discurso XVI del tomo I del *Teatro crítico universal de errores comunes* [1726]).

Claves de uso

- Observa la escena del documento 1. ¿Quiénes participan en esta reunión y qué están haciendo? ¿Cuántos hombres y mujeres aparecen? ¿Cuál es el centro visual del cuadro? ¿En qué posición está situada la anfitriona y por qué se la representa así?
- ¿En qué se diferencian las opiniones de Marmontel y de Rousseau? ¿Qué juicio le merece a Rousseau una mujer como Mme. de Geoffrin y por qué? ¿Qué relación guarda ello con sus propuestas educativas?
- ¿Qué vínculo establece Inés Joyes entre conversación y educación? ¿A quiénes culpa de la falta de ambición cultural de muchas mujeres?
- ¿Te sorprende que el autor de esta defensa de la capacidad moral e intelectual de las mujeres sea un religioso?
- ¿Qué quiere decir Feijoo al evocar la discusión entre un león y un hombre?